

Reportaje publicado por el diario El Mercurio, el domingo 19 de Noviembre de 2000

El Aborto: “Nunca Un Derecho” El Papabile Mexicano De Paso Por Chile

- *El Cardenal Norberto Rivera habla del Papa, la familia —como la gran esperanza— y el “New Age”.*

Habían muchas expectativas con el Cardenal Norberto Rivera, que visitó Chile, invitado por la Universidad Gabriela Mistral a dar un ciclo de conferencias. Su nombre figura en todas las listas, entre los 10 con más posibilidades de suceder al apóstol Pedro en el mando de la Iglesia.

Mal que mal, es el pastor que fieles tiene a su cargo, 6,5 millones, como Arzobispo Primado (primero entre sus pares) de México y se trata de una persona muy próxima a Juan Pablo II. Lo acompañó en la visita pastoral que hizo este año a México y en Roma tiene un contacto frecuente con él porque participa en cuatro dicasterios, que son los ministerios que gobiernan la Iglesia.

Pero a él le parece de mal o gusto hablar de la sucesión de Pablo II, considerando que, a pesar de todo lo que se afirma acerca de que el Parkinson lo está inhabilitando, tiene fuerzas más que suficientes para continuar conduciendo la Iglesia en el tercer milenio. “¿Quién otro puede tener las energías y el entusiasmo de él para haber sido capaz de congregar en Roma a dos millones y medio de jóvenes de todo mundo en la celebración del Jubileo?”, se pregunta. Y relata cuando le preguntan por su pierna, con notoria cojera, Juan Pablo II responde, “por suerte, la Iglesia no se guía con los pies”. Y cuando lo requieren acerca de su malo, apunta: “pero el braza derecho (con el que firma), lo tengo bueno”.

Además, el Arzobispo de México, designado en 1998 Cardenal, recuerda una máxima conocida entre los purpurados

que integran el cónclave que elige el pontífice “el que entra de Papa al conclave, sale de rojo”

- ¿Eso lo incluye a usted?

- Por supuesto, —dice con humor y despachando lo poco importa el tema.

Para él, la sucesión la ilumina el Espíritu Santo, así es que no tiene preferencias y señala que “la Iglesia no se guía criterios de representatividad, cuando le preguntamos por la conveniencia que el próximo pontífice pertenezca a Latinoamérica, que congrega a más de la mitad de los mil millones de católicos del mundo.

Con 58 años, la misma edad con que asumió Karol Wojtyla, se crió junto a sus tres hermanos en Durango, pueblo de México donde también estudió en el seminario diocesano. Después se licencio en teología dogmática en la Universidad Gregoriana y mientras estudiaba como seminarista en Roma se hizo amigo del sacerdote Jorge Medina, con el cual conserva la amistad hasta hoy y con quien trabaja como consejero de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, que preside el Cardenal chileno.

El Primer Derecho

Es el Papa Paulo VI quien lo ordena sacerdote en 1966, de quien admira la valentía que tuvo para jugársela por la vida. En *Humanae Vitae*, sabiendo que iba a ser criticado. “ Pero la historia se lo reconocerá”, asegura.

Firme defensor de la vida, Monseñor explica que “cuando se pierde el sentido de Dios Creador se termina también perdiendo el sentido de la dignidad de la vida humana”, lo que conduce a graves atentados en su contra. Por eso, no titubea en criticar las políticas de control de la natalidad y abortistas que promueven las Naciones Unidas, “como un solo paquete”, en los países tercermundistas.

Respecto a los derechos reproductivos —promovidos por las Naciones Unidas— y que un grupo de parlamentarios de la Concertación está buscando que se legislen en Chile—, advierte

que "antes de legislar se debe explicitar claramente en qué consisten, porque cuestiones como el aborto nunca pueden llegar a constituir un derecho". Y prosigue, en su tono coloquial:

"El aborto no es una cuestión de convicción religiosa, sino que de derechos humanos, el primero de todos, que es el derecho a la vida. ¿De qué sirven los otros derechos que se le pide al Estado garantizar y promover, como los de la salud, la educación, a tener viviendas o recreación si no se reconoce el primer derecho de todos que es el derecho a la vida?".

Y frente al hecho de que Chile es uno de los pocos países que no ha legalizado ningún tipo de aborto, acota: "los derechos fundamentales del ser humano no pueden ser plebiscitados por el Estado, porque él no los concede, sino que son derechos anteriores y superiores a él".

Igualmente claro es respecto al papel que tienen los legisladores cristianos. Fue el tema que abordó el Papa con los políticos en la Asamblea Parlamentaria Mundial, con motivo del Jubileo, que concluyó dos domingos atrás en Roma: "los legisladores no pueden disociarse entre hombres públicos, con determinadas convicciones, y hombres privados, con otras", señala Monseñor Rivera.

Para él, los católicos tienen que ser consecuentes en todas sus esferas y si bien cree que hay que darle alguna solución legal a las familias de hecho, que apunten a proteger a las mujeres y a los hijos, invocando esa misma protección de los más débiles es que considera que no se puede legislar el divorcio que desnaturaliza lo que constituye la esencia del matrimonio, el amor con lazos de indisolubilidad.

La familia, la esperanza

Un hombre lleno de esperanzas es este Cardenal, sin embargo, recordando que en el Evangelio la buena noticia de la resurrección del Señor va acompañada de la invitación a no temer. Está seguro que predicar hoy día en un mundo del que se intenta expulsar a Dios no es comparable a los tiempos, mucho más duros, en que los cristianos eran un racimo que sobrevivía oculto en las catacumbas.

Aunque los matrimonios vayan en franca declinación, suban las separaciones, caiga la natalidad en todo el mundo y campeen los abortos, aún con excusa de ser terapéuticos, el Cardenal Rivera está seguro que la familia tradicional —mamá, papá e hijos— no está en vías de extinción. Quien como miembro del Consejo Pontificio para la Familia, integra el comité que los preside, añade:

—“Me acuerdo que en los 60 algunos aseguraban que la familia tradicional no iba a sobrevivir al fin del milenio. Pero si la humanidad quiere permanecer la familia no va a desaparecer, porque no es una casualidad en el plan de Dios sobre el hombre, sino que es el inicio de la humanidad. La familia no es sólo el lugar donde nacemos, sino que el lugar donde nos reconocemos como seres humanos únicos, donde se aprenden los valores y nacen los ciudadanos, que encuentran en ella la primera escuela de las virtudes sociales”.

Por eso, sostiene Monseñor Rivera, que la familia —cuyo origen y objetivo los explica sólo el amor— es también el canal necesario para reconstruir una sociedad, donde se dan contrastes como que “al mismo tiempo que se proclama que el individuo es lo más importante, pierden sentido el valor de la persona y los valores de ella”. Añade que es cuando la sociedad no reconoce valores rectores cuando se reproducen la violencia intrafamiliar, el menosprecio a los más indefensos en el campo moral, con la pornografía infantil, y el desprecio a quienes ya no son útiles económicamente, que se traduce en el abandono de los ancianos y la eutanasia.

Volver los ojos a la familia, es la fórmula que expone el Cardenal, porque en ella están las verdaderas respuestas a los problemas actuales de la sociedad: ante la secularización (la pérdida del sentido de Dios, de la trascendencia) es la transmisora de la fe. Ante esa despersonalización que agota la dignidad de la persona en sus derechos políticos, es la que reconoce a cada uno como un ser único e irrepetible. Ante el difundido sentimiento de que no formamos parte de una sociedad estructurada que persigue el bien común, lo que exagera el individualismo, la familia se ofrece como la célula básica de reconstrucción. Y ante la falta de compromiso imperante —que vuelve al hombre a sus propias conveniencias, al amor, pero “mientras no nos cansemos”, a la preocupación por los hijos, mientras no sea a costa de la propia comodidad, a la preocupación por el pobre y el indígena,

“mientras sirva a mi causa ideológica”— la oferta de la familia está en las palabras que le dieron origen: “amarte y respetarte hasta que la muerte nos separe... Lo que Dios acaba de unir, que no lo separe el hombre”.

El “New Age”: anticristiano

Su primera carta pastoral, tras asumir en 1995 como Arzobispo Primado de México, la dedicó al “New Age”, que en su opinión reúne en sí todas las doctrinas y prácticas del renacer religioso en boga, vago y multifacético, donde se entremezclan los gurúes, con técnicas de sanación y adivinación, con meditaciones y elementos de la Ecología Profunda.

No se salva nadie de esas nuevas religiones que se comercializan, como el pan, y como si fueran compatibles con el cristianismo —explica—, ni siquiera la Iglesia Católica, porque lo que movió a Monseñor a entrar en el tema fue justamente descubrir que los cursos de meditación profunda y relajamiento —sin ningún contenido cristiano— eran prácticas sistemáticas en centros pastorales.

No tiene nada contra los ejercicios de respiración o la música relajante —advierte— sino que “es el mensaje del ‘New Age’ lo que es incompatible con la fe católica”. El Cardenal explica que lo más preocupante es el relativismo religioso, espiritual y moral que emana del conjunto de las creencias de “New Age”, que no conforma una secta ni religión y no tiene una organización única o con lineamientos universales.

—“No distingue entre la verdad y la mentira y el bien o mal. Como cada uno escoge acuerdo a sus propios gustos criterios, el bien y el mal se convierten en algo subjetivo, descartando la responsabilidad moral y personal al negar existencia del pecado”.

El “New Age”, continúa “hace un traje a la medida cada uno”:

—“Sus promotores no entran en conflicto con tu religión pero a cambio de la liturgia proponen una espiritualidad oriental. Si te incomoda la moral oscurantista respecto al sexo, te ofrecen una más liberadora. Como no hay bien ni mal, lo que importa es

que te transformes a tu modo en un hombre nuevo para integrarte como una gota de agua al ser cósmico del cual formas parte”.

“Y ese relativismo —continúa— al plantear que todas las religiones son iguales para salvarse, acaba con el sentido misionero de la Iglesia y vacía al cristianismo de su contenido para emparejarlo con las otras creencias. Jesús es uno más de los muchos iluminados que se presentan para guiar a la humanidad, como Krishna, Buda, Quetzacoatl o Mahoma. Y separando la fe de la razón y la verdad —contra lo cual advierte la Encíclica *Fides et Ratio*— relega la religión al campo del sentimiento, de una preferencia subjetiva”. “Es decir, todas las religiones son igualmente irracionales”, apunta.

Reencarnación y Verdes

A Monseñor no le extraña el auge del “New Age” porque, como una expresión del milenarismo, “se reviste de un optimismo desbordante, que resalta lo positivo y lo fácil” para alcanzar su propuesta: la llegada (le una era de oro para la humanidad de un mundo mejor, que interpreta a todos.

Reconoce los rasgos de este movimiento en la Ecología Profunda, que niega la diferencia de fondo entre la existencia humana y la no humana y que partiendo de una igualdad biocéntrica, reconoce los mismos derechos al hombre, que a una montaña o una flor. “Fomenta, además, el culto a la madre tierra como a una realidad divina, donde el hombre es considerado un estorbo. Para salvar al planeta deben limitarse los nacimientos. Yo he estado revisando las páginas ecologistas en Internet y aunque son variadas, el mensaje es siempre el mismo: salva el planeta, mata a un hombre” (a través del aborto).

Igualmente, ve en el “New Age” rasgos panteístas (que dota a toda la creación de una fuerza mágica, donde no existe el Dios personal) y del gnosticismo (que surgió como una crítica a que el hombre es capaz de conocer la verdad y la verdadera religión). Y también, de sus primas hermanas, el esoterismo y el ocultismo, que echan mano a sus supuestas fuerzas cósmicas secretas y donde se contactan los ángeles, guías espirituales desencarnados, y se ofrecen servicios de proyección astral, hipnosis, mediums y magia.

Monseñor Rivera considera que este movimiento manipula y abusa de la sicología y la biología, para comercializar como científico lo irracional, pero cree que hay un dudoso fundamento científico detrás de los programas de potencial humano de la Dianética, el Método de Control Mental Silva o la Meditación Transcendental.

Destaca entre las ideas básicas del "New Age" la reencarnación, muy presente en la espiritualidad oriental, que sostiene que el ser humano vive varias existencias, cambiando sólo de cuerpo hasta llegar a su fin de "iluminación definitiva".

Esta teoría, prosigue el pupurado, "desprecia el valor de la responsabilidad moral y de la libertad de cada hombre y ante ella pierde sentido hasta la muerte de Jesucristo —que se ofreció en sacrificio una sola vez para quitar los pecados de muchos— porque lo único que nos va transformar y elevar a una etapa superior es la continua reencarnación. No hay resurrección de los muertos, ni juicio, sino que reencarnación.

Y otro fenómeno del "New Age" que ve infiltrando la catequesis y los retiros católicos, son las técnicas de meditación no cristianas, frecuentemente importadas de Oriente. "Por más que se insista en su valor exclusivamente como métodos, sin contenidos contrarios al cristianismo, las técnicas en sí tienen una dirección religiosa".

Este tipo de meditación —explica— no apunta a orar, sino que a prácticas de concentración profunda, donde a través de ejercicios de relajamiento y la repetición de una mantra (palabra sagrada) se trata de sumirse en la profundidad del yo y la búsqueda del absoluto anónimo. "En la oración cristiana, en cambio, no hay un quedarse en blanco o irse al vacío, sino existe una interpelación y comunicación con Dios".

Y añade que mientras estas técnicas normalmente procuran un estado alterado de la conciencia del sujeto, que se pierde en el silencio de la nada, la oración cristiana exige el involucramiento pleno de toda la persona humana. "La meditación cristiana no es una fuga de la realidad, es asumirla plenamente".

Recuerda que una vez, viendo como el Santo Padre se sumergía por largo rato en oración en su capilla, sin advertir la

presencia de terceros, le preguntaron que rezaba. Juan Pablo II les respondió: "voy recorriendo cada uno de los proyectos, cada una de las iglesias y nunca alcanzo a comunicárselo todo, pero allí encuentro la fortaleza y la luz para decir lo que debo decir a los cristianos".

Y concluye el Cardenal Rivera: "una oración que prescinde de la palabra de Dios, que no se compromete con la caridad, no tiene nada que ver con el cristianismo, aunque los promotores del "New Age" sostengan su compatibilidad con el catolicismo".